



Exhumación del cadáver de Napoleón en Santa Elena, el 15 de Octubre de 1840.
(Reproducción de una estampa de la época.)

TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DEL EMPERADOR

A bordo de *La Belle-Poule*, 18 de Octubre de 1840.

*A M. Thiers, presidente del Consejo y ministro
de Negocios extranjeros.*

Por mis anteriores cartas os habréis enterado de nuestra llegada á Bahía, de donde salimos para Santa Elena el 14 de Septiembre, después de una demora de cerca de quince días. La travesía de Bahía á James-Town fué muy feliz. El 20 por la mañana pasamos el trópico de Capricornio, á los 35° 45'' longitud Oeste, y al día siguiente entramos en la zona de los vientos variables. El 23 llegamos á los 27 1/4° de latitud austral, y desde entonces pudimos navegar paralelamente al trópico, en continuo alejamiento de Francia. En la noche del 1.º de Octubre volvimos á cruzar el trópico de Capricornio á los 5° 25'' de

longitud Oeste, pero las calmas nos impidieron encontrar de nuevo antes del 6 la zona de los vientos. El 7, hacia las tres de la tarde, descubrimos tierra á unas 18 leguas ante proa, y el 8 por la mañana estábamos á la vista de James-Town, después de veinticuatro días de navegación desde Bahía y de sesenta y seis desde Tolón.

Brisas muy movidas, que soplaban de tierra, nos impedían entrar en la rada, pero después de bordear toda la mañana, Monseñor el príncipe de Joinville logró fondear muy cerca de tierra y frente al valle de James-Town. En rada no anclaban más que dos barcos de guerra, el brique francés *Orestes*, mandado por el capitán Doret, á cuyo bordo iba el hijo del almirante Baudin, con partes para el príncipe, y la goleta inglesa *Delfin*, mandada por Littlehales, que había zarpado de Portsmouth el 21 de Mayo, para llevar á la isla, después de una travesía de cuarenta y ocho días, la primera noticia de nuestra expedición. En cuanto ancló *La Belle-Poule*, los tripulantes del *Orestes* saludaron desde las vergas al príncipe, á los gritos de: «¡Viva el Rey!» La *Delfin* disparó una salva de 21 cañonazos, á que respondió en seguida nuestra fragata antes de saludar á la plaza, lo que hizo seguidamente, y los fuertes contestaron con otra salva del mismo número de disparos.

Supimos al llegar que el general Middlemore, gobernador de la isla, estaba gravemente enfermo en *Plantation-House*, pero su estado mayor en traje de gala, con el comandante de la *Delfin*, vinieron á bordo para cumplimentar al príncipe. Como, según me dijeron, el gobernador no podía recibirme aquel mismo día, rogué á su hijo y ayudante, el teniente Middlemore, que le entregara los documentos que de parte de lord Russell le traía. Desde la llegada de la *Delfin*, á primeros de Agosto, no se había recibido noticia alguna de Europa.

Fácilmente echamos de ver desde luego que de todos los recursos de la isla se había valido el gobernador para recibir digna y cordialmente á Monseñor el príncipe de Joinville y personas que tenían la honra de acompañarle. Por orden del gobierno inglés se había dispuesto el castillo de James-Town para aposentar al príncipe con su séquito, quienes diariamente disfrutarían de una mesa de treinta cubiertos. El gobierno inglés alquiló la mejor casa de la ciudad y la puso á disposición del séquito, así como todos los coches y caballos de

la isla. Todas las autoridades nos ofrecieron á porfía sus servicios y los habitantes nos recibieron con la misma cordialidad.

El día 9, por la mañana, desembarcó Monseñor el príncipe de Joinville en traje de gala, acompañado de su ayudante el comandante Hernoux, los generales Bertrand y Gourgaud, el conde de Las Cases, el señor Marchand, el abate Coquereau y varios oficiales de las tres tripulaciones. Las tropas cubrían la carrera al paso del príncipe, quien desde luego se dirigió al castillo, donde el coronel Trelawney, comandante general de artillería, le presentó las autoridades y las personas más importantes de la isla. El príncipe se dirigió en seguida á caballo á *Plantation-House* para visitar al gobernador, cuyo estado de salud no le consentía salir de casa. Por indicación del príncipe asistí á la primera conferencia que tuvo con el general Middlemore sobre el objeto de nuestra comisión y me presentó á él como encargado de convenir, bajo sus órdenes, con las autoridades británicas, los pormenores del traslado de los restos del Emperador. Aquel mismo día fuimos con dos oficiales ingleses á la tumba de Napoleón, que encontramos intacta, pues nada se había dispuesto para la exhumación antes de nuestra llegada. Me creí autorizado para prometer al fiel guardián de la sepultura de Napoleón, que Francia cuidaría de su porvenir. Acabamos el día con la visita á Longwood, que despertó dolorosos recuerdos en cuantos, después de veinte años de ausencia, veían el histórico lugar de su destierro, que no dejaba de ofrecer interés para quienes por vez primera contemplábamos en su aflictivo estado de abandono el humilde y postrer asilo de tan esplendente gloria. A las siete de la tarde regresó el príncipe al castillo de James-Town, donde había convidado á comer á las principales personas de la isla y de la expedición francesa.

El día 10 comió el príncipe en el palacio del gobernador, quien le ofreció parte de sus habitaciones, pero él no quiso alejarse de á bordo, donde sus ocupaciones le requerían de continuo. Yo acepté por una noche la hospitalidad del gobernador y á la mañana siguiente me puse de acuerdo con él respecto á las diligencias de exhumación y traslado, así como la parte que en ellas había de cabernos á cada uno, según nuestras respectivas instrucciones. Vi que el gobernador, por su parte, estaba sinceramente dispuesto á satisfacer todos nuestros deseos

y pocas entrevistas bastaron para acordar nuestros propósitos con el plan trazado de antemano por las autoridades inglesas, y convenir en la ejecución de ciertos puntos secundarios, que hubieran podido contrariar las costumbres de la isla. No es necesario hablar de las dificultades y objeciones sucesivamente obviadas en las conferencias que cotidianamente celebré con el general Middlemore y otras autoridades de la isla, pues todo quedó arreglado conforme á las instrucciones que tuve el honor de recibir de V. E.

Los días 11, 12 y 13 desembarcaron por tandas las tripulaciones de nuestros dos buques de guerra y pasaron el respectivo día en la tumba y en Longwood, llevándose cada cual un recuerdo de la expedición. El domingo, 11, convidó á comer el príncipe á bordo de *La Belle-Poule* á los comandantes y oficiales superiores de las fragatas *Orestes* y *Favorita*.

El 12 nos obsequió la oficialidad de la guarnición con un banquete de gala en James-Town, presidido por el coronel Trelawney, en el que reinó la más franca cordialidad, manifestada en efusivos brindis por una y otra parte.

...Apenas fondeamos, desembarcaron el general Bertrand y su hijo, el general Gourgaud, el conde de Las Cases y M. Marchand, quienes emplearon el día en recorrer la isla y visitar los lugares en donde tan frecuentemente habían visto y acompañado al Emperador.

...El 14 por la mañana, convine con las autoridades inglesas las disposiciones preliminares para la exhumación y traslado de los restos de Napoleón, fijando definitivamente el 15 de Octubre para ambas operaciones. Al mediodía fueron transportados al valle del sepulcro el ataúd traído de Francia, la carroza fúnebre construida al efecto antes de nuestra llegada á Santa Elena y demás objetos necesarios para el caso. A las diez de la noche bajé á tierra, con las personas designadas para asistir por parte de Francia al acto de la exhumación, y nos dirigimos á la sepultura.

FELIPE DE ROHAN-CHABOT.

Comisario regio.

A bordo de *La Belle-Poule*, 19 de Octubre de 1840.

Señor Presidente del Consejo:

En mi precedente carta tuve el honor de informaros que, desde el día siguiente al de nuestra llegada, me puse, por orden de Monseñor el príncipe de Joinville, en relación con el general Middlemore, gobernador de la isla, para convenir de antemano las operaciones de exhumación y traslado de los restos de Napoleón. Volví á hablar todos los días con el general, y, aunque no sin esfuerzos por mi parte, pero al menos sin reclamaciones oficiales ni documentos escritos, todo lo hemos arreglado de manera que me ha parecido enteramente conforme con las instrucciones que me disteis y con los sentimientos de los personajes eminentes á quienes tenía el honor de estar asociado. Nada perdoné por mi parte para preveer cuantas dificultades pudieran suscitarse y que las funciones de cada cual quedaran distintamente deslindadas de antemano, á fin de que todo se llevase á cabo de perfecto acuerdo. Gracias á las excelentes disposiciones de Monseñor el príncipe de Joinville, de una parte, y de las autoridades británicas por otra, la ejecución de nuestro cometido superó en este particular á la más optimista esperanza.

En un principio, Monseñor el príncipe de Joinville propuso al gobernador que los marineros ingleses se encargaran de las operaciones de exhumación y traslado, bajo la personal dirección de S. A.; pero el general Middlemore tenía orden expresa de su gobierno de presidir, bajo su responsabilidad, todas las operaciones hasta dejar el féretro imperial en el punto de embarque y vióse precisado á rehusar el ofrecimiento del príncipe. Yo por mi parte no me creí facultado para insistir en este punto y nada añadí á la proposición. Entonces pensó Monseñor el príncipe de Joinville que, no obstante su personal deseo de presenciar la exhumación, le era imposible por su calidad de jefe superior de la expedición asistir á prolijas operaciones efectuadas por soldados extranjeros sin poder dirigirlos. En consecuencia, S. A. R. resolvió no poner los pies en territorio inglés sino al frente de la plana mayor de los buques, á fin de presidir los honores que estaba encargado de tributar á los restos de Napoleón.